LA DEFENSA DEL ABSOLUTISMO EN “LA MONARQUÍA” DE CLEMENTE PEÑALOSA

M^o José BONO GUARDIOLA

Universidad de Alicante

La Monarquía de D. Clemente Peñalosa y Zúñiga ha sido considerada como “la más entusiasta apología del régimen monárquico, en la misma fecha en que rodaba la cabeza de Luis XVI en el París revolucionario”, y su autor, bastante unanimamente, uno de los apologistas del pensamiento tradicionalista y reaccionario del siglo XVIII español, es decir, como un genuino representante de la corriente antiilustrada¹.

Pero dentro del complejo contexto social y cultural en el que se desarrolló el pensamiento político de nuestros ilustrados, la aseveración para considerar tan tajantemente a Peñalosa como reaccionario, no deja de ser excesivamente simplificadora, máxime cuando entre aquellos que gozan de fama de ilustrados, las diferencias de matices respecto al absolutismo y su reformismo, no dejan, muchas veces, de ser mínimas. Por ésto, es más ecuánime la opinión de F. Lopez, al considerarlo más bien absolutista que tradicionalista². Pensamos que el tradicionalista es reaccionario cuando es un hombre desfasado, fuera de su tiempo, tanto en lo político cuanto en los esquemas ideológicos que informan su pensamiento. Es, además, intolerante con todo aquello que no se ciñe a los dogmas que justifican su inmovilismo. Por el contrario, Peñalosa, como veremos, aunque entusiasta defensor de la monarquía absoluta y del orden estamental, es un hombre culto y con ciertos visos de tolerancia, lo cual le llevará a admitir algunas ideas influidas por el reformismo ilustrado.

Antes de pasar a comentar la obra que nos interesa, expondremos algunos aspectos de su biografía que pueden ayudar a entender el desarrollo de unos planteamientos que, aunque afirma ser meramente abstractos, son los de un hombre condicionado por la situación de crisis social e ideológica en la que vivía y a la que intenta rebatir con sus prolijos razonamientos.

APUNTE BIOGRAFICO³

Peñalosa, que había nacido en Almazán el 8 de diciembre de 1751, pertenecía a una típica familia de los considerados “cristianos viejos” que habían ido desempeñando, a lo largo de los años, la condición de alcaldes y regidores por el estado noble en algunas ciudades de las provincias de Soria, Avila y Segovia. Su padre, D. Pedro de Peñalosa y Zúñiga, natural de la villa de Arévalo, que fue alcalde y regidor en Almazán y en Nieva en 1766 y 1767, había ganado para sí mismo y para sus hijos su nobleza por Real Provisión de Hidalguía de Sangre en 1765 ante la Real Chancillería de Valladolid, y su madre, Dña. M^a Ignacia Fernandez de Velasco, natural de la villa de Almazán, también poseía nobleza por parte de su padre, D. Francisco Antonio Fernandez de Velasco, Caballero de la Orden de Santiago, el cual asimismo había desempeñado los cargos de alcalde y regidor por el estado noble.

Por lo tanto, nos encontramos con que la raigambre de nuestro autor es, la de aquellos numerosos y rancios hijosdalgos integrantes de la pequeña y mediana nobleza y que, tradicionalmente, iban a estar adscritos a los intereses de los grandes nobles en el Antiguo Régimen.

Siendo Peñalosa, en los primeros años de la década de los ochenta, canónigo de la Santa Iglesia metropolitana de Valencia, era también capellán de Doña M^a Ignacia Fernandez de Córdoba, Condesa de Baños, a quien dedicaría un *Elogio* a la muerte de su esposo D. Joaquín Manrique de Zúñiga Osorio, Conde de Baños, uno de los fundadores de la Sociedad Económica Vascongada, y que había presentado en la Junta General de dicha Sociedad en 1784, a la cual el mismo Peñalosa pertenecía, como consta en el *Epistolario* del Conde de Peñaflorida a Pedro Jacinto de Alava⁴. Vemos así que se movía entre aquellos restringidos círculos en los que se planteaba la necesidad de reformas principalmente económicas y culturales para el país.

También fue socio de la Sociedad Económica de Segovia, de la cual, justamente, había sido llamado como primer Director el citado Conde de Baños, que se perfila como su protector, y no es raro que poco tiempo después, a finales de 1785, sea nombrado Arcediano de la Catedral de Segovia, uno de los cargos eclesiásticos que podría considerarse como de “nobleza de iglesia”, con altas rentas en su haber, cargo que no desempeñaría muy convenientemente y que le reportaría un agrio enfrentamiento con el cabildo de aquella catedral⁵.

Al parecer, Peñalosa, no solo teóricamente se muestra defensor de la monarquía absoluta sino que procuraba prácticamente estar adscrito a ella, es decir, que prefería residir en la Corte y desempeñar otros cargos en Real Servicio antes que cumplir con las obligaciones que como Arcediano le reclamaban en Segovia.

El hecho es que, en un acuerdo del cabildo fechado el 14 de septiembre de 1798, se le comunica a Peñalosa la retención de las rentas que le pertenecen del común, dada su reiterada ausencia del coro, lo cual motiva un escrito de éste al Deán y cabildo fechado el 16 de noviembre del mismo año mostrándose muy dolido por tal medida, ya que antes no había sido reconvenido ni oído. A este escrito sigue otro de 7 de diciembre en el que Peñalosa dice estar enterado de la determinación del Deán para

que exponga las razones que tiene contra el acuerdo del cabildo, aludiendo a las repetidas Ordenes Reales que les habían sido remitidas por parte del Conde de Aranda (20 de junio de 1792), de Godoy (5 de septiembre de 1794) y de Eugenio LLaguno (26 de octubre de 1796), en las que figuran los motivos de su ausencia. Al mismo tiempo escribirá directamente al Rey (26 de diciembre de 1798) en tanto que Arcediano Titular de la Santa Iglesia de Segovia y Sumiller de Cortina, o sea como eclesiástico destinado en palacio para asistir a los reyes cuando iban a la capilla, correr la cortina del camón o tribuna y bendecir la mesa real en ausencia del capellán y del precapellán mayor de palacio, según definición del Diccionario de la Real Academia de la Lengua, lo cual nos muestra que hace gala de su desempeño en la Corte.

Que escribiera al mismo tiempo al Rey disgustó al cabildo, quien en escrito al Obispo de Segovia, expuso la trayectoria del Arcediano durante esos años y los motivos que las Reales Ordenes, que fueron sucesivamente recibiendo, alegaron para su falta de la diócesis. La carta trasluce una buena dosis de enfado y de ironía muy diplomáticamente expresada, y resulta también interesante por la mención que en ella hacen de una de las excusas, entre otras, que Peñalosa reiteradamente presenta: hallarse atareado escribiendo *La Monarquía*, la obra objeto de nuestro estudio.

El cabildo inicia la carta al obispo exponiendo las razones que han motivado la retención, a su Arcediano Titular, de la porción o renta que le corresponde en la Mesa Capitular. Esta, había empezado a ganarse y repartirse en septiembre último, puesto que el primer día de dicho mes era cuando comenzaba el año Canónico.

La razón principal alegada es, la falta de residencia por más de seis años de Peñalosa, lo cual parece lógico les causase serias dudas, pues se trataba de una ausencia excesivamente prolongada.

El Arcediano, resentido por esa medida, escriben_ había intentado introducir al gobierno en la disputa, algo inoportuno ya que pudo ocasionar disgustos innecesarios y, además, les había enviado un escrito pidiendo nombrasen tres o cuatro representantes con el fin de discutir con ellos los motivos que tenía para no residir. A esto, el cabildo, había contestado expusiese dichas razones, las fundase por escrito y, entonces, remitirían al obispo su escrito. También ellos expondrían al prelado los fundamentos que habían tenido para retenerle la renta del último año así como la posibilidad de devolver la que había percibido desde el cese en su última comisión. Esta había sido el nombramiento de noviembre de 1796 como Teniente Vicario del ejército de Extremadura.

Una vez expuestos los preámbulos del asunto, el cabildo dice que, para proceder con claridad en dicho litigio, pasarán a continuación a desarrollar tres cuestiones, necesarias a tener en cuenta, para poder emitir cualquier juicio sobre las resoluciones tomadas. En primer lugar, manifestar la calidad del Arcediano Titular según los Estatutos, su renta y el modo de ganarla. En segundo lugar, hacer un relato pormenorizado de la trayectoria de Peñalosa desde la toma de posesión de su Dignidad hasta el momento actual, incluyendo copias de las Ordenes Reales recibidas. Finalmente, en tercer lugar, acompañar copia de los dos escritos que el Arcediano les ha remitido y en los que fundamenta su pretensión.

Respecto a los deberes de Arcediano Titular y las rentas que percibe, el cabildo escribe lo siguiente:

...El Arcediano de Segovia tiene la segunda Silla en el Coro. Poseída sin Prebenda, como la posee D.Clemente Peñalosa no tiene Voto en el Cavildo, pero debe entrar el Arcediano a las pláticas espirituales. Además de las obligaciones inherentes a la Dignidad más bien dotada, es en nuestra Iglesia el Arcediano Asistente principal nato al Prelado en todas las funciones que celebre de Pontifical, y tiene alguna otra de menos consideración. En su Arcedianato debe cuidar de la buena y fiel asistencia de setenta sacristanes poco más o menos, cuio nombramiento le pertenece. A el Arcediano dirijen sus quejas los Curas y otros que tienen causa de quejarse de los Sacristanes en quanto al cumplimiento del Oficio.

Tiene el Arcediano dos porciones en la Mesa Común, que se llama así por serlo a Dignidades, Canónigos, Racioneros y demás, y nada en la particular de Canónigos, que llamamos Vestuario. No percive distribución alguna de Horas, ni fundaciones, aunque asista, y con que la haga a la Hora más breve gana otras dos porciones. Nuestros Estatutos le niegan como a las demás Dignidades poseídas sin Prebenda toda recreación, teniéndole presente sólo en caso de enfermedad.

Percive en el Arcedianato dos partes de tres de la treintena de quantos frutos entran en Cilla de qualquiera especie que sean; esto es de cada treinta fanegas, arrovas, corderos, o reales se saca uno, dos partes para el Arcediano, i una para el Arcipreste. Asimismo percive algunos diezmos de tierras propias de Ermitas y cierta contribución anual que le pagan los Sacristanes de su nombramiento. Estos tres ramos de renta los administra por sí sin intervención alguna del Cavildo.

En quanto a la porción que percive en la Mesa Capitular hay Estatuto expreso de que acrezca al Cavildo todo lo correspondiente a los que no residan conforme a Estatutos, y así se executa con todos sin más formalidad ni citación, al ver las faltas notadas por el Contador del Coro. Pero nada previenen nuestros Estatutos en quanto a la renta que perciven las Dignidades sin intervención del Cavildo, y con absoluta separación de su mesa, por lo que nunca acreció la porción de los no residentes, que en el presente caso no fuera extraño la pretendiésemos para la fábrica de esta Iglesia, a quien corresponde por regla más común.”

En el certificado de las faltas voluntarias de Peñalosa, que adjuntan, puede observarse que en el año 1786 faltó casi la mitad del año; en 1788, tuvo 213 faltas; en 1789, la tercera parte del año y hasta febrero de 1792 también aparecen muchas ausencias y nunca justificadas por enfermedad.

Vistos los deberes del cargo, las rentas que percibía y las faltas de residencia, desde luego, no puede decirse que el Arcediano desempeñase su oficio de Dignidad muy correctamente, si bien este modo de proceder era bastante usual entre altos beneficiados eclesiásticos que ejercían su carrera más en pro de los propios intereses que por el estricto cumplimiento debido.

A principios de 1792 —sigue el cabildo exponiendo— se ausentó Peñalosa a Madrid y consiguió una Real Orden, con fecha de 20 de junio, para que se le contase en ganancia desde primero de marzo, Real Orden que adjuntan también. Esta, firmada por el Conde de Aranda, alega que el Arcediano se encuentra en la Corte ocu-

pado en asunto de Real Servicio y que se precisa su asistencia en Madrid desde marzo de ese año, lo cual debe tenerse en cuenta.

Según el cabildo, aunque no se expresaba en aquella Real Orden la ocupación especial que desempeñaba, acordaron juntamente con la aprobación del prelado, contarle en ganancia

Pasado algún tiempo, señalan, publicó el tomo u obra *La Monarquía*. Pero consideran que este trabajo no era justo título para dispensarle de dicha residencia. Además, añaden, ésta, por la Real Orden, había de ser en Madrid y, en cambio, el Arcediano seguía los Sitios Reales y viajaba constantemente, algo poco a propósito para estudiar. Por ello, decidieron hacer la representación de la que acompañan, asimismo, una copia. En esta representación, datada el 16 de agosto de 1794, se dirigen a Godoy. Le comunican que desde que recibieron la Real Orden del Conde de Aranda en 1792, en la cual se les ordenaba contar en las ganancias a Peñalosa, ocupado en Madrid en Real Servicio, lo que consideran muy útil, piensan que deben también hacer mención de los dos años y medio de ausencia, la mayor parte de ellos fuera de Madrid, sitio donde se fijaba su ocupación. Añaden que no expusieron todos los motivos porque no les pareció regular hablar de una Dignidad de su Iglesia al Gobierno con la misma claridad con la que pueden dirigirse a un Prelado.

Después, —prosiguen— recibieron la contestación de Godoy el 5 de septiembre, diciéndoles que siendo el motivo de la ausencia el estar ocupado en la obra *La Monarquía*, se le pasaba a Peñalosa un aviso para que procurase adelantarla y que tuviese por sabido que, una vez concluída la edición, cesaba la causa de la ausencia y debía restituirse a su Iglesia, para residir como era debido.

No obstante esta prevención —dicen— en lugar de continuar la obra, el Arcediano se distrajo de esta tarea y publicó un papel sobre artillería.

Esta obra, que Peñalosa publicó en 1796, titulada *Memoria sobre la artillería o de a caballo*, la dedicó al Príncipe de la Paz, seguramente buscando, entre otros motivos, su mediación favorable en el conflicto. Y será a propósito de dicha obra cuando el cabildo agudiza la ironía de sus razonamientos al alegar que, sin mezclarse en su mérito, creen no es materia de ocupación para un eclesiástico, sobre todo teniendo en cuenta la existencia en España de tantos y de tan buenos profesores de Artillería. Y además, recalcan, que no hay para dicho escrito pueblo más adecuado que Segovia, en donde existe el único Colegio de Artillería. Buena indirecta, pues, para que Peñalosa cumpliera con sus deberes de residencia.

En vista de esta obra voluntaria —continúa el cabildo su carta— creyeron que

“había cesado la comisión de escribir sobre Monarquía no contribuyendo poco a ratificar este concepto el que en tanto tiempo no haya publicado más tomo que el primero”.

Posteriormente, el 4 de noviembre, recibieron una Real Orden de la cual acompañan también una copia. Se trata de la firmada por Eugenio de Llaguno, en la que dice al Deán y cabildo que el día 20 de octubre se había dirigido al Señor Cardenal

Patriarca, Vicario General de los Ejércitos, comunicándole que el Rey había nombrado a Peñalosa capellán principal y teniente vicario general de las tropas acantonadas en Extremadura. Que se le había asignado cien escudos de vellón al mes, pero que debía continuar disfrutando de las rentas que le correspondían en la Catedral.

El cabildo opina que, con esta Orden, queda claro que ya no continuaba la primera comisión y que, ésta última debería ser efectiva mientras durase el acantonamiento de las tropas. El ejército se había retirado y Peñalosa, en vez de volver a residir, se había ausentado sin saberse donde se encontraba. Sólo después de bastante tiempo se dijo que estaba en Lisboa.

Disgustados dicen no haber recibido comunicación alguna sobre esa ausencia del Reino, ni tampoco para que se le contase en ganancias, tras haberse disuelto el acantonamiento de las tropas.

Por último, señalan, que todos los veranos venía al Real Sitio de San Ildefonso y a Segovia, donde conservaba una casa alquilada. Pese a ello, no asistía casi nunca al Coro, ni incluso en las grandes festividades. Asimismo les consta que, durante estos períodos estivales, se encuentra dedicado a diversiones y, finalmente, el 29 de octubre se había presentado en el Coro, seguramente impulsado por la noticia, comunicada por orden del cabildo, en la que se le decía habérsele puesto en falta.

Concluyen el escrito, expresando

“no poder en conciencia permitir al Arcediano tanta franqueza en materia de residencia y acordar retenerle la renta que le corresponde en la Mesa capitular, ya que no pueden hacerlo de la que se le entregó en los años anteriores”.

Y añaden no haberle retenido las demás rentas porque no están bajo su jurisdicción.

Finalmente, afirman que, de todo lo expuesto, resultan las fundadas razones que les asisten para la retención referida y, apelan al juicio del obispo, disculpándose por tan largo escrito pero opinan que la gravedad del asunto lo hacía necesario.

La carta, fechada el 12 de enero de 1799, lleva las firmas del Presidente del cabildo, de dos componentes más y la del contador.

Toda esta polémica desemboca en una comunicación del Marqués de Murillo al obispo de Segovia de 18 de noviembre de 1799, en la que señala que su Majestad, con Real Orden de 17 de febrero de 1799, había remitido a la Cámara un memorial y escrito de Peñalosa solicitando que se le ponga en posesión de la Cédula de Préstamos de que es partícipe y de la que ha sido privado por acuerdo del cabildo, y que la Cámara conformándose con lo que ha expuesto el señor Fiscal, ha acordado que para poder consultar al rey lo que convenga el obispo informe sobre el tema. Seguirá una nueva carta del Deán y cabildo al obispo de 10 de febrero de 1800, contestándole que han recibido su comunicación de 20 de noviembre de 1799 en la que les manda que informen para hacerlo él a la Real Cámara, y en la que inciden en lo expuesto en la carta anterior, pero esta vez criticándolo duramente de manera sarcástica:

..."El Arcediano en Segovia tenía buena renta que en Madrid y viajes se consume. En Segovia tiene buena Librería, buena casa, mucho sosiego y quietud cosas necesarias para escribir, todo le falta en Madrid y sin embargo solo en Madrid parece puede escribir. De todo resulta o que el talento del Arcediano esta ligado al suelo de Madrid o que no es su intención servir al Rey y al público con sus obras, sino servirse de ellas para no vivir en Segovia, para no residir, para no emplearse a quien dar culto a Dios, enseñar su evangelio, edificar al Clero y fieles con su buen ejemplo y costumbres según corresponde a la segunda Dignidad de este Cavildo, en fin para no ayudar con sus consejos y rentas al pobre enfermo, a la viuda, al huérfano y al miserable desvalido”...

No extraña, pues, que el obispo escriba al Marqués de Murillo el 19 de febrero de 1800 diciendo que visto el informe del cabildo considera muy rara la pretensión de Peñalosa y que esto es cuanto puede informar del asunto, esperando que todo ello se haga presente en la Real Cámara.

En el Archivo Histórico Nacional,⁶ hemos podido consultar los siguientes datos sobre este asunto: Un escrito del Fiscal (21 de agosto de 1802) diciendo que, visto el informe del obispo conforme con el cabildo, será conveniente oír a todos, remitiendo a ese Supremo Tribunal su providencia antes de ponerla en ejecución; un acuerdo del Supremo Tribunal de 13 de noviembre de 1802 para que se oiga en esa Curia (Segovia) al Arcediano y al cabildo, comunicándoles el Expediente que se forme y que el obispo entonces remita su providencia, lo cual es comunicado por el Marqués de Murillo al obispo (17 de noviembre de 1802); y la respuesta del obispo a aquél (20 de noviembre de 1802) en la que dice haber acordado que en esa Curia se les oiga, comunicándoles el Expediente que se forme y quedando enterado del oficio recibido.

Si el Expediente fue resuelto a favor del cabildo o de Peñalosa es algo que desconocemos por no haber encontrado ningún otro rastro documental de tipo oficial que así lo declare, aunque pensamos que quedó sin respuesta o fallo definitivo. Lo cierto es que Peñalosa, según hemos podido comprobar, encontrándose enfermo, firmó su testamento en Segovia el día 8 de enero de 1804⁷, otorgándolo al día siguiente ante el escribano de esa ciudad D.Fernando Díez Merino. Dos meses más tarde, el 16 de marzo fallecía, procediéndose a la Diligencia de apertura y publicación del testamento.

Por otra parte, sus relaciones con el cabildo debieron seguir bastante tensas hasta el final. En las Actas del Libro de Cabildos Generales de Señores Prebendados de la Santa Iglesia Catedral de Segovia⁸, en la sesión extraordinaria del viernes 16 de marzo de 1804, puede leerse lo siguiente:

..."Reunidos el Deán y cabildo, el señor Mathe, testamentario de D.Clemente Peñalosa, Arcediano de Segovia, dixo que dicho Señor había fallecido después de la media noche, y reconocido su cadaver por los facultativos, dicen que se puede enterrar mañana, lo que hacía presente al cabildo y si viene en ello, que sea con Misa; se acordó que así se haga, que se entre en Coro a las 8, y conferenciando con el Maestro de Ceremonias dispongan los demás oficios en la Semana próxima, entrándose entonces a las ocho y media por razón de las tres Misas cantadas”.

Pero en las Actas de las sesiones posteriores ya no se especifica nada sobre la celebración de su entierro y funerales, ni se hace ningún tipo de elogio sobre su figura. Además, pese a que según consta en su testamento, Peñalosa manifestaba la voluntad de ser enterrado en la capilla de la Concepción de la santa Iglesia Catedral segoviana, no se hace mención acerca de que tal deseo fuese cumplido.

Las únicas alusiones sobre su persona que vuelven a hacerse son: en el Acta del cabildo del sábado 24 de marzo, donde figura que el señor Mathe hace presente la falta en el cajón de Peñalosa de toda su ropa del Coro; en la del Cabildo extraordinario del 16 de abril, en la que el señor Fernandez dijo que le habían entregado las llaves de la casa que habitó el señor Peñalosa, Arcediano de Segovia, difunto; y una última mención, especialmente significativa. Nos referimos a la del cabildo ordinario del viernes 23 de noviembre de 1804. En ella el señor Cartagena informa que “Peñalosa se encuentra en deuda con el cabildo y que se ha pasado recado al señor Conde de Fuentenueva, también testamentario suyo, el cual ha respondido que no hay con qué pagar. Que si parece al cabildo se puede pedir que no se le entregue lo que tenga de Mesa capitular, ni los frutos del Arcedianato, hasta satisfacer el Subsidio y otras deudas”. Se acuerda que así se haga pero que antes se pasará recado de atención a su sobrino político Melendez.

Resulta curioso que se diga que no puede pagar, ya que por la lectura de los bienes dejados en el testamento puede verse que se encontraba en buena situación económica. Así mismo adjuntaba en el testamento una página final en la que reconocía algunas deudas que debían satisfacerse pero, en cambio, no reseña en ningún momento que deba nada al cabildo, e incluso otorgaba a la Santa Iglesia Catedral de Segovia cincuenta mil reales.

De todo esto podemos suponer que su pleito con el cabildo no acabó de resolverse y que su figura no fue grata ni aún después de su fallecimiento.

Así pues, Peñalosa, que también había sido nombrado Académico de Honor de la Real Academia de San Fernando el 1 de abril de 1792, se perfila como uno de esos clérigos mucho más dedicado a la política mundana y a su medro personal que a una actividad específicamente religiosa, y como tantos otros, se había adscrito a los intereses de la monarquía borbónica. De ahí su empeño por vivir en la Corte, a la que parece no solo servir sino también seguir en sus desplazamientos veraniegos. Aquellos intereses, si bien se presentaban retóricamente en sintonía con una deseada modernización y mejora del país, no dejaban, en la práctica, de tener como objetivo central un funcionamiento más eficaz del mismo absolutismo monárquico.

En esa línea de servicio, y según consta en el expediente⁹ de las pruebas aportadas y ratificadas el 23 de julio de 1792, fué nombrado Caballero de la Real Orden española de Carlos III, por Decreto de 27 de abril de 1792. Sabemos que dicha Orden, instituída por el monarca en 1771, tenía como fin “condecorar a sujetos beneméritos, adeptos a nuestra persona que nos hayan acreditado su zelo y amor a nuestro servicio y distinguir el talento y virtud de los nobles”¹⁰. Las pruebas exigidas para su obtención eran, entre otras y tal como aparecen en el citado expediente, hacer

constar que el sujeto que la recibía era de vida arreglada y buenas costumbres, y su limpieza de sangre, amén de la de sus padres, abuelos y bisabuelos paternos y maternos; poseer nobleza de sangre y no de privilegio por línea paterna; no ejercer oficios viles, lo cual se extendía también a sus progenitores; y, por último, toda una serie de informaciones de testigos de los pueblos en donde había nacido y había estado vecindado.

Por lo tanto, a los 41 años ya posee esa alta distinción, y un año más tarde, en 1793, aparece *La Monarquía*, obra sobre la que centraremos nuestro estudio y en la que desde una posición netamente conservadora, fundamentará sus argumentaciones en defensa del absolutismo monárquico.

OBRA ESCRITA DE D. CLEMENTE PEÑALOSA

Javier Herrero, en su conocido estudio sobre el pensamiento reaccionario español,¹¹ menciona que *La Monarquía* (1793) había sido publicada con una dedicatoria a Carlos III, por lo que la obra habría sido escrita con anterioridad a 1789, pero no dice donde ha consultado dicha edición. También afirma que se trata de su única obra, dato este último incorrecto. En la Biblioteca Nacional los dos ejemplares existentes están dedicados a Carlos IV, uno sin fecha y el otro de 1793. Además en el Archivo Histórico Nacional¹², puede verse el expediente formado en uso de Real Orden de S.M. por el cual se concede a D.Clemente Peñalosa y Zúñiga, Arcediano Titular de la Santa Iglesia de Segovia, licencia para imprimir un manuscrito de su composición intitulada *La Monarquía*, así como un escrito del Conde de Aranda al gobernador del Real Consejo, de orden de S.M. fechado en Aranjuez el 7 de junio de 1792, en el que expone que Peñalosa ha solicitado el 5 de marzo de ese mismo año poder dedicarla al Rey, y éste una vez examinada, se ha servido resolver que se imprimiese dedicada a su real nombre. Así mismo, en el proceso que anteriormente vimos, entre el cabildo y Peñalosa, se cita explícitamente 1793 como fecha de su publicación, del mismo modo que se menciona que se encuentra escribiendo una segunda parte, dato éste al que Peñalosa alude en la misma obra¹³ y que es reiteradamente utilizado para demorar su estancia fuera de Segovia, aunque parece ser una excusa puesto que esta segunda parte nunca llegó a publicarse. O quedó manuscrita pero inédita y hasta ahora no localizada. Lo cierto es que 1793, momento en que se inicia la guerra con la Convención, era un año especialmente “idóneo” para que saliera publicada una obra que abordaba la defensa de una forma de gobierno que, en algunos sitios, ya había sido sometida a fuertes embates y no solo ideológicos.

Junto a dicha obra, que es la que le dió más notoriedad, publicó otros folletos breves. Entre ellos una *Oración* con motivo de la distribución de los premios generales en la Real Sociedad Económica de Segovia el 24 de septiembre de 1799, dedicada a D.Mariano Luis de Urquijo, Secretario de Estado. En esta hace un encendido elogio de las artes útiles, de la necesidad de estimular la industria y un fuerte ataque a la ociosidad de los nobles. Estos folletos, muy al uso entonces, eran Elogios, Sermones y Oraciones para conmemorar determinados acontecimientos. Pero desta-

ca una bastante definida preferencia de Peñalosa por los temas castrenses, dedicación ésta que, como anteriormente vimos, tampoco era demasiado bien vista por sus co-partícipes del cabildo segoviano.

En 1795 publicó *El honor militar, causas de su origen, progresos y decadencia o correspondencia de dos hermanos desde el exercito de Navarra*, obra en dos volúmenes, dedicada a D.Juan Manuel Alvarez, Teniente General de los Reales Ejércitos. En ella, y utilizando la forma de diálogo, plantea a través de la correspondencia entre dos hermanos, el enfrentamiento entre la consideración, tanto sociológica como ideológica, del honor militar según la sociedad estamental y las nuevas concepciones secularizadas y utilitarias que en el pensamiento europeo del siglo XVIII se estaban esgrimiendo como fundamentales para el cambio revolucionario de una ya caduca sociedad. El joven Hermildez, que se encuentra en la guerra sin experiencia, “con el fondo de pundonor y honradez natural de los verdaderos castellanos”, es amigo de el Barón de..., soldado que quiere ser filósofo y que “escarnece su simplicidad y quiere formar su juicio según la ligereza de su siglo y sus opiniones según la novedad”. Hermildez pedirá consejo a su hermano Leandro, el cual, a través de sus cartas, irá defendiendo lo que considera está siendo amenazado: toda una concepción y forma de vida.

Peñalosa, por boca de Leandro, ensalzará la nobleza originada en ese honor, lo que ha sido visto como la más clara formulación de los esquemas ideológicos estamentales vigentes en el ejército, así como la posición que la nobleza ocupa dentro del mismo, si bien hará hincapié en que los nobles confíen su ascenso al propio esfuerzo y virtudes personales más que a la sangre¹⁴, recogiendo así la tradición de los ideólogos nobiliarios del XVII. Pero el tema o hilo conductor de la obra principalmente es, como afirma Leandro en la Carta XXXIX, que sin la religión, las virtudes que constituyen el honor militar, son ficticias¹⁵, es decir, la resistencia a unos valores sociales e ideológicos totalmente secularizados. Este motivo, por otra parte, no deja de ser lógico en el planteamiento de alguien que, aparte de defender a la nobleza es también un religioso. De ahí su defensa de la compatibilidad entre la milicia y el cristianismo, el recurso de apelar a un cierto humanismo cristiano que condena batirse en duelo, los homicidios y las crueles prácticas. A este respecto, cabe mencionar que en España la legislación contraria al duelo quedó reforzada en 1757, con la inclusión de la pena de muerte. En opinión de V.G.Kiernan, la condena del duelo “era uno de los pocos temas en los que la religión y la Ilustración estaban de acuerdo”¹⁶. También se recalca en la obra la necesidad de la revelación para tener ideas sencillas sobre el bien y el mal, todo ello frente a una filosofía venenosa, cuyas libres opiniones producen las profanaciones y desórdenes civiles. “Los verdaderos héroes han sido religiosos”¹⁷, acabará por afirmar tajantemente, contra las opiniones del barón filósofo que trata de adoctrinar a su hermano con conceptos de un pensamiento revolucionario.

Al año siguiente de la publicación de esta obra, por la Secretaría de Gracia y Justicia se comunicó con fecha de 26 de octubre al cabildo segoviano el nombramiento de Peñalosa como teniente vicario general castrense del ejército acantonado

en Extremadura, con lo que de nuevo pensamiento y acción van a ir muy entrelazados en la trayectoria del Arcediano. Seguirá interesado en el estudio y publicación sobre temas militares, así su *Memoria sobre la artillería o de a caballo*, libro técnico, dedicado como dijimos al Príncipe de la Paz en 1796 y dos manuscritos: *Instituciones militares para la educación de la juventud del Ejército Español* y un *Catecismo castrense*, fechado en 1800, año a partir del cual no tenemos datos de ningún otro escrito.

Pasamos a continuación a ocuparnos de *La Monarquía*, obra que resulta en algunos momentos excesivamente farragosa y que no parece que tuviera mucha repercusión entre sus coetáneos. Por el contrario, Peñalosa sí se muestra satisfecho de la oportunidad del tema en aquellos momentos. Incluso aprovechando que había estado a partir de la primavera de 1796, un año en Lisboa, donde según manifestó al obispo de Segovia en descargo de su ausencia, había permanecido porque el Príncipe del Brasil quería que se quedase como maestro del Infante D. Pedro, consiguió verla traducida al portugués y que fuera impresa en 1798 en la Imprenta Regia de Lisboa.

LA MONARQUÍA

En términos generales, las reflexiones políticas realizadas durante la segunda mitad del siglo XVIII por algunos de nuestros ilustrados y por otros autores adversos a las nuevas ideas, han sido objeto de interesantes y esclarecedores estudios¹⁸. Hubo, desde luego, una clara preocupación política, pero, por otra parte, resulta significativo lo que un estudioso de nuestro pensamiento ilustrado recientemente ha escrito: "...Con todo queda sin responder la cuestión de por qué en España, en un siglo en el que todo el mundo habla de reformas y proyectos en relación con el comercio, industria, agricultura y administración pública, apenas nadie insiste en la reforma política"...¹⁹. Pensamos que nuestros ilustrados se encontraban con unos condicionamientos histórico-sociales importantes. Aquellos de entre los nobles, los burgueses y el clero que formaban esa minoría ilustrada, no dejaban, a su vez, de pertenecer a unas clases privilegiadas que, en puridad, una auténtica reforma política tenía que eliminar. Además, ellos mismos podían expresar sus ideas y actuar a través de determinadas entidades, en su labor reformista, gracias al mismo privilegio real. Insistir en la reforma política es, para la mayoría de ellos, participar en las tareas que el propio monarca absoluto lidera y protege, de ningún modo cuestionar su poder omnímodo sin el cual aquélla no podría llevarse a cabo. Por lo tanto, si se entiende reforma política como un enfrentamiento directo a tal poder omnímodo, desde luego no lo hubo más que en los auténticos críticos radicales que tuvieron que exiliarse, como por ejemplo Marchena. Pero si se entiende por reforma política la crítica a un sistema político organizado alrededor de toda una serie de tramas de privilegios y exclusiones, de coartación de ciertas iniciativas y libertades, de entorpecimiento de un mejor funcionamiento racional de la sociedad a través de las leyes que lo harían posible, sí que hubo, en algunos, esa insistencia. Lo que pasaba es que la crítica al absolutismo, como especifica C. Morange²⁰, tenía una línea conservadora y otra progre-

sista, las cuales no implicaban el cuestionamiento de la figura del monarca que, por otra parte, no parecía dispuesto a hacer ninguna dejación de su poder.

León de Arroyal, tal vez uno de los que evolucionaron hacia posturas más críticas escribía:...

"Yo comparo nuestra monarquía en el estado presente a una casa vieja sostenida a fuerza de remiendos, que los mismos materiales con que se pretende componer un lado, derriban el otro, y solo se puede enmendar echándola a tierra y reedificándola de nuevo, lo cual en la nuestra es moralmente imposible".²¹

Por la misma época, Clemente Peñalosa en su defensa del absolutismo monárquico concluía *La Monarquía* afirmando:..."Ciertamente que siguiendo el hilo de mis especulaciones generales y abstractas, no ha sido mi ánimo reprobar las leyes ya establecidas, ni los gobiernos actuales. Pero así como un Ciudadano honrado que conserva el Solar y Casa de sus mayores con cierto culto respetuoso, puede al mismo tiempo por recreo trazar planes de reformatión que ofrecer a sus hijos, como buenos modelos en que desembuelve sus ideas, sin que jamás piense en realizarlas, también yo he arreglado las mías: he querido imitar a este hombre; pues no he edificado para mí ni para nadie. Me he divertido arreglando el plan de gobierno que me parece mejor en mi especulación. Mas si en este que he delineado se advierten más defectos que en la casa antigua, yo diré a los Críticos: Probad, probad que yo me engaño y hareis mayor bien que el que hice: yo seré el primero que haré pedazos mis planes, y aplaudiré vuestros discursos, pero siempre me resultará la satisfacción de que os he empeñado en la obra más digna de la humanidad"²².

Intentando precisar su lugar entre la literatura política española de finales del XVIII, se ha escrito que, en su obra, hay una ausencia de referencias a la situación social, política o económica de España y que no propone ninguna solución concreta a los problemas que percibe, puesto que escribe para defender un cierto tipo de Estado y de sociedad. Pero también, al mismo tiempo, se ha visto en ella la posibilidad de otra clave de lectura, entendiéndola como una respuesta a los problemas que vive, combatiendo las ideas que, cada vez cobran más fuerza, contra la monarquía absoluta²³.

Aunque está escrita con una intencionalidad muy clara, como es la defensa del absolutismo desde una actitud conservadora, pero no completamente intolerante, pudiendo enmarcarse dentro de las preocupaciones políticas del momento, lo cierto es que las referencias a problemas de su momento son muy escasas. El mismo dirá, evasivamente, que no lo hace para que nadie pueda ofenderse. De hecho sólo nombrará explícitamente la monarquía limitada inglesa, no aceptando que en ella exista mayor libertad que en la monarquía que llama moderada (la absoluta pero sometida a la ley), y entre las repúblicas modernas astutamente cita a Holanda, agobiada por los impuestos, y a Suiza, sin aludir el caso francés que subyace, eso sí, bajo la referencia a la filosofía disolvente que lleva al desorden civil. Por otra parte sabemos que desde 1789 había grandes limitaciones para escribir tanto a favor como en contra acerca de los sucesos del país vecino.

Tampoco entra en polémica ni cita a ninguno de sus coetáneos españoles, excepto a Ceballos cuya “antifilosofía” acepta y determinadas afirmaciones conceptuales son muy similares a las que pueden leerse en algunos autores que habían publicado textos en la década de los ochenta. Así, por ejemplo, y entre otros, con la reelaboración del pensamiento de Montesquieu hecha por el abogado y diputado de la Universidad de Sevilla, A.J.Pérez y López en sus *Principios del orden esencial de la naturaleza* (1785), si bien no define como éste que el objetivo principal del monarca sea salvaguardar la religión sino la felicidad de los hombres y la pública utilidad.²⁴ O las afirmaciones de F. J. Peñaranda en el *Sistema económico-político* (1789):... “Estado en que todos aspiran a ser cabezas presto se verá sin pies ni manos. El monárquico bien dirigido por un Rey piadoso, justo y amante de la felicidad de sus vasallos es el más perfecto. Una de las mayores que el Señor da a sus pueblos escogidos es el gobierno de los buenos Reyes”...²⁵ Peñalosa dirá:... “es un don que solo Dios concede a los Pueblos que ama”...²⁶.

También con Jovellanos coincidirá en el interés por el tema de la recopilación de un Código de leyes generales e uniformes, como la que dió lugar a la formación de las Partidas, y la afirmación de la evolución histórica de las leyes frente al racionalismo abstracto, y más en concreto, una idéntica repulsa contra un cambio revolucionario sangriento, como puede verse en la Carta de Jovellanos a Alexander Jardine, Gijón, 21 de mayo de 1794:.. “Lo he dicho ya: jamás concurriré a sacrificar la generación presente por mejorar las futuras”...²⁷. Y Peñalosa escribe:.. “¡O destruidores de la paz! Decidme:¿no es verdad que ningún hombre tiene derecho de hacer a la generación actual infeliz, baxo el pretexto de que las generaciones venideras serán felices?”...²⁸.

El escrito de Peñalosa no va a ser el de un “ilustrado” según el uso tradicional del término, aunque entre éstos las ambigüedades y contradicciones no dejan de larvar las matizadas y moderadas propuestas políticas que se esforzaban por combinar aspectos ideológicos conservadores y progresistas. Pero tampoco es el de un “apologista” a ultranza que defiende la alianza del trono y el Altar para mayor gloria de Dios y defensa del dogma. La función política de la religión cristiana, aparte del origen teológico del poder, aparece también abordada desde la perspectiva ética de la debida conciencia de obediencia a la autoridad y a las obligaciones de ésta. En esto sigue, como por otra parte ha sido frecuente en el discurso histórico de la literatura política, los argumentos ya incipientemente planteados en la famosa Carta a los Romanos de San Pablo. Argumentos que, cuando se secularizaron, acabaron por beneficiar expresamente al poder político. Luego, la mayoría de referencias religiosas, aparte de sus citas de los Padres y Doctores de la Iglesia, serán de autores griegos, romanos y hebreos, centrándose preferentemente en los aspectos o virtudes morales más que en los específicamente religiosos.

Para la exposición de su obra opta por dividirla en tres partes. La primera parte la titula “Caracteres de la Monarquía en su abstracción” y en ella habla, en general, de su antigüedad, independencia, unidad, bondad y duración, como caracteres

que la hacen preferible a cualquier otra forma de gobierno. La segunda parte, “Caracteres de la Monarquía relativos a la nación”, trata de temas como la libertad, los bienes, la justicia, premios, literatura y hombres grandes, es decir, todo aquello que la monarquía fomenta y sirve para engrandecer a la nación. Por último, la tercera parte, “Monarquía relativamente al soberano”, aborda asuntos como la conveniencia del trono hereditario, el poder legislativo absoluto del monarca, el respeto a las leyes antiguas y las virtudes, puntos centrales en su defensa del absolutismo.

Pese a esa división o esquema, de hecho, muchos aspectos aparecen esbozados y entremezclados en las tres partes, resultando su discurso excesivamente prolijo y no ahondando mucho en ninguno de los temas que trata. Por esto hemos preferido no seguir el orden propuesto sino destacar aquellas ideas que hemos considerado más significativas en el desarrollo de su pensamiento político.

LA MONARQUIA ABSOLUTA COMO MEJOR FORMA DE GOBIERNO

...”Los hombres no pueden prometerse en la tierra una forma de gobierno exenta de los defectos y miserias de la humanidad. Lo más a que puede esforzarse el empeño de la sabiduría humana es a disminuir la medida del mal y a contener el origen de nuestras desgracias”...²⁹ Estas palabras en las que late cierta desconfianza en las bondades, tanto de gobernantes cuanto de gobernados, nos muestran a un Peñalosa de telente pesimista que rechaza la posibilidad de ver realizada cualquier forma de organización política utópica, como piensa que son esos diseños hermosos e imaginativos del tipo de *La Atlántida* de F.Bacon, *La ciudad del sol* de T. Campanella, o también *La República* platónica y la *Utopía* de T.Moro, que suponen a los hombres como nunca lo serán. La política ha de tomar a los hombres como son y, en ellos, priman los componentes pasionales. Por lo tanto la ciencia del gobierno deberá astutamente “interesar sus pasiones en el bien de la sociedad conteniendo su desenfreno”³⁰.

Este pesimismo antropológico le sirve de base para discurrir, como era tradicional en las reflexiones de los publicistas políticos, acerca de qué forma de gobierno puede ser la más baneficiosa y adecuada a tal condición humana, máxime si se tiene en cuenta que “no hay forma de gobierno que pueda destruir las pasiones de los Soberanos que mandan..y sujetar los vicios de los que obedecen”³¹.

El planteamiento de Peñalosa, pues, incidiendo en estos supuestos psicológicos y antropológicos que utiliza como punto de partida, intentará justificar, a través de ejemplos extraídos de la antigüedad, que el gobierno de uno sólo será preferible a un gobierno popular, mixto o aristocrático. Pero desde el principio su opción es clara en defender el gobierno monárquico absoluto, si bien ha de tratarse de una monarquía ordenada por leyes fundamentales que determinan el uso de la autoridad, y que distará tanto de la tiranía como del despotismo³².

La consideración de que en la soberanía absoluta, encarnada en la unidad simple de la monarquía, el poder político se da articulado en un orden jurídico del cual no puede desprenderse y en el cual sólo puede reconocerse aquél, es decir, que el soberano no

puede prescindir de las leyes, aunque no esté sometido a ellas, había sido la clara aportación de Bodino a la configuración del Estado moderno que llamamos absoluto. Pero el absolutismo de Bodino había definido una concepción plenamente secularizada del fundamento del poder, al aparecer éste desligado de un origen divino, de una fundamentación teológica, y por eso había sido enmendado “catholicamente” en la temprana traducción española de *Los seis libros de la República* efectuada en 1590 por Gaspar de Añastro. Así, la línea argumental de Peñalosa, aunque cite a Bodino, se ajustará a normas de inspiración religiosa. Siguiendo la idea teológico absolutista de Bossuet, declarará que la organización política se apoya en las propias palabras de la Sagrada Escritura: Que el amor de Dios obliga a los hombres a amarse entre sí, y que, en esta sociedad natural cuyo primer imperio es la autoridad paterna, la monarquía que le sucede es la forma más común, antigua y natural de gobierno. “Lo cierto es que Jesu-Christo por sus mismos labios consagró la autoridad del César”³³.

Con esa afirmación tajante del origen divino y patriarcal del poder, concepción que principalmente sería defendida desde el ámbito del protestantismo y que había sido sustentada por Sir Robert Filmer en su *Patriarcha*, un opúsculo escrito en 1653 y publicado en 1680, defendiendo la monarquía absoluta y al que se había opuesto Locke en su *Primer Tratado sobre el gobierno civil* en 1690, piensa Peñalosa, de modo dogmático, que puede impugnar otras opiniones. Por ejemplo, las de Vico, “cuyas paradojas degradan la dignidad del hombre acerca del origen del gobierno”, o las de Hobbes que, aunque más “ingeniosa”, hablan de una naturaleza humana depravada o impía, aspecto este último en el que nuestro autor se contradice, ya que su opinión sobre los hombres, tras la caída en el pecado original, no es mucho mejor. Peñalosa, aceptando la doctrina iusnaturalista medieval, opina que si bien las ideas que tenemos nos vienen de la necesidad, de la educación y también de la analogía de ahí la analogía entre la idea del padre y la del monarca como algo que la misma naturaleza señala al hombre_, nos habla también de que hay otro tipo de ideas más perfecto que no dependen de éstas. Tales son la noción de justicia y todos los principios de la ley Natural que la mano del creador ha impreso en toda alma. Resulta además, interesante al respecto, señalar que en este iusnaturalismo siempre se incide, mucho más, en la importancia de los deberes, tanto de gobernantes como de gobernados, que derivan de dicha condición humana, frente a la exaltación de los derechos del individuo que hará el iusnaturalismo moderno. Por eso no es extraño que cite a Pufendorf elogiosamente, pese a que su obra había sido condenada por la escolástica católica, aunque por su teoría desarrollada como doctrina de los deberes y, entre ellos, el deber o responsabilidad moral del monarca, se había convertido en uno de los fundamentos doctrinales del absolutismo ilustrado³⁴.

Tampoco resulta extraño su desacuerdo con Vico, autor bastante incomprendido entonces, que había criticado la teoría del derecho natural, opinando que, éste, se originaba en las costumbres de los pueblos. Además, en su *Ciencia nueva* se apasionaba mucho más por la historia profana o gentil, resultado de las acciones humanas y por lo tanto comprensible para sus propios autores, que por lo sagrado, lo creado por Dios, accesible sólo a través de la Revelación.

En cambio, a nuestro autor, le parece evidente que los principios de ciencia política o de jurisprudencia tienen como único y verdadero origen la naturaleza y la Revelación, y que su estudio debe hacerse a través de un método sencillo, huyendo tanto de las sutilezas del Peripato como de los intentos del llamado método científico, que las intenta demostrar en forma matemática. Esto último es su claro ataque al método racional del iusnaturalismo moderno...”por el que tales demostradores de la Jurisprudencia natural y política han vuelto espinoso el estudio de los derechos de los Príncipes y de los Pueblos”³⁵. Porque ese método racional de abordar la ciencia política y la jurisprudencia, en el que se ha desligado el comportamiento de los individuos de consideraciones de tipo teológico, es lo que unifica, en última instancia, a los pensadores iusnaturalistas modernos que, a veces, divergen en contenidos doctrinales. Así los hay absolutistas y pesimistas sobre la condición humana, tipo Hobbes y Pufendorf, y también otros que, como Locke y Rosseau, son menos pesimistas acerca de la condición natural del hombre y cuyas teorías aportarán algunas de las bases doctrinales del estado liberal y democrático.

Por el contrario, Peñalosa incidirá en el instinto o deber ético natural, cuyo origen es Dios, que graba en los vasallos los principios de lealtad, sumisión y amor, inamovibles frente a nuevas doctrinas, y en la conciencia del monarca graba asimismo el deber de amar a su pueblo, al que debe justicia, bien y abundancia, reinando a través de leyes, y cuidándole como un tutor lo haría de los menores a su cargo.

Un cierto matiz tradicional en el que el monarca debe de ajustar sus acciones a “las leyes inmutables y santas del Estado”, lo que parece a primera vista plantear un cierto freno a su poder según la concepción medieval, se encuentra unido con la imagen paternalístico-providencialista de una autoridad soberana absoluta, imagen tan grata a los monarcas ilustrados y a sus defensores, y que es la que primará en la obra. Por esto decimos cierto matiz puesto que defiende la limitación al poder por parte de las leyes fundamentales, aunque en realidad dicha limitación descansa, en última instancia, en la propia conciencia y voluntad del soberano.

Las argumentaciones de Peñalosa en favor del poder absoluto del monarca frente a las otras formas de gobierno, se van a centrar en intentar demostrar sus ventajas a) en el campo político, y b) en el económico y en el social.

a) En el campo político insistirá en el tema de la legislación y en el papel del monarca como absoluto legislador. En la línea de Bodino, como hemos dicho anteriormente, reconoce que monarquía es legalidad, gobierno dentro de un orden jurídico, y que el monarca tiene las facultades de dar y declarar las leyes, abrogarlas o dispensar de ellas, facultades que, por otra parte, ya estaban reconocidas en la doctrina escolástica.

...”En la Monarquía hay leyes antiguas, sagradas, positivas, civiles...conocidas de todo el pueblo, como regla que ha de juzgar sus acciones: que dictan a los vasallos su defensa y seguridad... que presiden todos los Tribunales inferiores de la nación, repertiendo la justicia...que conservan las convenciones del Príncipe y del Vasallo, que se renuevan con juramento, y que cada uno está obligado a respetar”...³⁶.

A pesar de que el monarca no está sometido a la ley, dirá que tampoco puede prescindir de ella, porque entonces se convertiría en un déspota arbitrario y esto lo arguye siguiendo la distinción de Bossuet entre absolutismo y despotismo o gobierno arbitrario. Pero lo que no admite es que los “cuerpos” representativos puedan alzarse como un control limitativo frente al príncipe que posee la soberanía, lo cual le distancia de la línea argumentativa de Montesquieu, del que va tomando, en muchas ocasiones, frases y concepciones literales, pero del que no puede dejar de alejarse por la crítica clásica de el autor francés al absolutismo o despotismo.

El único límite al poder del monarca es el orden mismo del que él es la pieza central, y la ley de Dios que, finalmente, es la fundadora de ese orden. Si una ley nueva se opusiera o contradijera las leyes constitucionales o fundamentales del Estado, ello no sería pretexto para arrogarse los vasallos el poder de anularla, pues ese contrapeso anularía u ofendería la misma Constitución, ya que dice, degeneraría en un gobierno mixto.

Mas, como el Príncipe puede ofender el derecho público y el de los particulares sin su propio perjuicio, acabará por ceder a los ruegos y quejas, lo cual no debe parecer un medio débil o barrera ineficaz. El consejo, la persuasión y el dictamen de muchos que exponen las quejas al pie del Trono, rectifican las leyes. Peñalosa hace hincapié en diferenciar los defectos personales del Príncipe de sus leyes, que están concebidas con consejo y prudencia de muchos, enlazando así con la literatura política del XVII tan dada a resaltar la importancia de la educación y consejos a los príncipes, citando explícitamente a Saavedra Fajardo cuando dijo que “la ley escrita dividió la potestad de los Príncipes sin disminuirla”³⁷. Lo mismo ocurre en los tribunales de justicia ya que son los encargados de velar por su correcto cumplimiento y aplicación.

Según Peñalosa, existen razones para que el único poder independiente sea el del monarca. Habiendo reconocido, en su pesimismo, que todo hombre con poder está presto a abusar de su administración³⁸, abuso que puede darse en toda forma de gobierno, opina que, cuando hay representantes de una nación, éstos son independientes del poder del Príncipe y del poder ejecutivo. Por el contrario, los ministros del monarca se encuentran siempre sometidos y controlados por la autoridad real, la cual, como ya ha afirmado, no puede ofender el derecho público y el de los particulares sin su propio perjuicio. Este argumento, que Peñalosa reitera, iba a ser repetidamente utilizado por todos los déspotas ilustrados y sus defensores. Luego afirmará que cuando son muchos los que deliberan, primarán los intereses personales. Discrepa así de Filangieri, al que cita algunas veces pese a la condena por la Congregación del Índice de su obra en 1784, el cual consideraba que era más difícil corromper a un Senado que a un hombre. Frente a esas palabras aseverará que también la virtud, en ese caso, hallará más estorbos y contradicciones, resultando menos inverosímil que uno sólo sea virtuoso y no que lo sean todos, defecto que hace perecer a las democracias³⁹.

La opinión acerca de la imposibilidad de ciudadanos virtuosos que lleguen a

identificar sus intereses propios con el interés general, la supuesta ambición generalizada de todos los individuos, así como la vieja concepción platónica, tan cara al despotismo ilustrado, de que el pueblo, como parte menos ilustrada de una nación, jamás llega a comprender ni los verdaderos intereses de la sociedad ni los medios y recursos que los mantienen y facilitan, todo ello expresado a través de ejemplos de las repúblicas antiguas, resume los razonamientos antidemocráticos de nuestro autor.

Es constante su mención a las flaquezas y debilidades humanas, y siempre refiriéndose a la antigüedad considera que, las reformas, o mejor dicho, la contención de las pasiones humanas, es más factible en la monarquía absoluta que en cualquier otra forma de gobierno, ya que aquella tiende a canalizar dichas pasiones y no a erradicarlas.

En una de las escasas alusiones a la actualidad, afirma que en el siglo de la Filosofía se arrasa todo sin moderación y se esgrimen principios que pervierten a la juventud, si aquella no se sujeta al cálculo de la razón... "Con las nociones que beben en quatro Publicistas que han sembrado de paradojas el derecho Natural y de gentes, se forman a sí mismos un nuevo sistema y una nueva legislación...sin prevenir inconvenientes futuros...desprecian quanto tiene relación con las máximas y vida de los pasados"⁴⁰.

Sus argumentos, que recuerdan los ataques antirevolucionarios de Burke, apelan a los usos y costumbres sancionadas por el pasado frente a lo que piensa son leyes abstractas e inmutables de los filósofos. Es cierto, dirá, que las leyes humanas son imperfectas, pero con el pretexto de innovarlas y con la pluralidad de opiniones, se corre el peligro de caer en mayores inconvenientes..."Vale más atenerse a los usos, cuyas consecuencias son ya conocidas, que establecer otros, cuyos efectos son contingentes"⁴¹. Los filósofos han creído que unas mismas leyes inmutables harían mejores y más felices a los hombres, sin tener en cuenta que todo hombre, como toda nación, tiene un carácter que le constituye tal; uno lo toma de la constitución humana, y la otra de la que las leyes han organizado..."Locke dando leyes a la Geometría americana, dudó que durasen más de cien años"⁴², escribirá en alusión —suponemos— al proyecto de Constitución de aquél para la nueva colonia de Carolina, y concluye sus alegatos en contra de que nadie tenga un poder efectivo para cambiar la legislación, excepto el monarca, al que supone sabio o al menos bien asesorado, con una llamada francamente conservadora frente a la revolución que en esos momentos está convulsionando el viejo mundo europeo: "O hombres! siempre es verdad, que fundar la felicidad de treinta generaciones sobre el mal de una sola, es una injusticia pública".⁴³ Es decir, Peñalosa no parece tanto estar impugnando unos fines cuanto el desorden social que conllevaría su logro.

Por otra parte, necesariamente y consustancial con el tema de la legislación aparece tratado el asunto crucial de la libertad de los individuos bajo la monarquía. Asumiendo que en cualquier forma de gobierno debe hacerse una cesión de parte de la libertad y acatar las leyes, aduce que en la monarquía absoluta hay una libertad más sostenida y propia del hombre. Acepta que la libertad, siendo congénita al hombre, consiste en hacer, como había definido Montesquieu, lo que las leyes permiten, pero claramente soslaya la cuestión central de la libertad política como derecho de

los individuos para ejercer un papel activo en la legislación y como una de las finalidades esenciales del gobierno. Si los individuos pudiesen hacer las leyes, subraya que primarían los intereses particulares, añadiendo que tal libertad es reducida, porque si lo que votó un individuo perdiese, tendría que acatar violentamente lo que no quiso, con lo que surgirán resentimientos, odios y venganzas, y el Estado quedará degradado en la lucha de facciones. En suma, argumentos absolutistas y bastante someros que cínicamente expresa con las siguientes palabras en las que no diferencia algo tan distinto como es que la voluntad asiente a algo, o por el contrario se haga esclava de alguien: “El Vasallo que prestó su consentimiento a un Representante del Pueblo ¿por qué ha de ser más libre que el otro, que entregó a un Monarca su voluntad?”⁴⁴. Máxime, cuando seguirá argumentando que en la monarquía absoluta, si bien no hay la libertad que en las repúblicas, sí que hay libertad para aquellos asuntos que atañen a la vida privada de los individuos, como la elección de estado, o el uso y acrecentamiento de los bienes, cosa esta última incompatible con el espíritu de frugalidad y moderación que atañe a las constituciones populares, como ya Aristóteles apuntó en su *Política*.

Esta frugalidad en la que debe reinar mayor igualdad entre todos, junto con la exigencia del ciudadano virtuoso y la imposibilidad de que se dieran ambos supuestos, eran dos de los argumentos ideológicos y tópicos que los enemigos de las constituciones populares reiteraban con mayor frecuencia. Así, caracterizaban a la república popular o democrática con una perfección de tipo ético-social. El argumento del ciudadano virtuoso había alcanzado su enunciación clásica e idealizada en la famosa obra de Montesquieu, al erigir la virtud, que adjetivaba de virtud política para diferenciarla de cualquier matiz religioso, como principio activo de aquel tipo de constitución. Virtud que, según Peñalosa, era más un sentimiento que una realización efectiva, dada la imposibilidad de poder reformar las pasiones de los hombres, a no ser por medio de un poder coactivo que, estando por encima de ellos, no pudiese ser compartido por ninguno. Es decir, el de la monarquía absoluta como “máquina política más simple”, que no admite ninguna competencia o usurpación de la autoridad. Como él mismo escribe, “los Cuerpos de la Nobleza, del Clero y del Pueblo conocen los puntos que fixan su autoridad y sus privilegios, los que si llegasen a ponerse en cuestión, distribuiría la mano del Monarca como sumo Legislador lo que pertenecía a cada uno según la ley. De este modo se hallan cerrados los caminos a las usurpaciones y a la confusión”⁴⁵.

Así, finalmente, discrepará de los elogios de Montesquieu a la constitución inglesa y a su monarquía limitada o de equilibrio de poderes, como también en aquellos momentos lo hacía el conde de Cabarrús en su demanda de regenerar el estado, no de cambiarlo⁴⁶.

b) Si en el ámbito político la obra de Peñalosa defiende el absolutismo monárquico, algo que casi todos nuestros ilustrados hacían más o menos explícitamente, es en el campo de lo económico y de lo social donde difiere, aunque a veces de forma mitigada, de las posturas de nuestros reformistas que, con muy raras excepciones, cuestionarían realmente las desigualdades de la sociedad estamental.

Con un símil que recuerda a la “mano invisible” de Adam Smith, considera que, en la monarquía, una política sabia y económica convierte las pasiones e intereses de los individuos en instrumentos útiles para producir el orden y la felicidad, y el individuo “quando cree que sólo obra por su interés personal, obra en beneficio de la patria”⁴⁷, palabras que además están tomadas casi literalmente de Montesquieu.

El estímulo por acrecentar los bienes le lleva al tema del lujo, asunto muy debatido entre los ilustrados y que, como bien ha resaltado Santiago Aragón, se encuentra en íntima conexión con la nobleza y sus actitudes⁴⁸.

Distinguiendo tres tipos de lujo, opina que el lujo de magnificencia, que tiene por único objeto la suntuosidad de las ciudades, las obras que se realizan, los espectáculos nacionales y todo aquello que engrandece a la Nación, es necesario en una monarquía que desee mantener su majestad ante el pueblo propio y ante los extranjeros. Pero esta ostentación debe tener sus límites, no cayendo en ser mera ostentación de vanidad e interés personal, con lo que acaba por resultar dañosa para el Estado, arruinando el sistema económico y civil.

Un segundo tipo de lujo es el de comodidad, que puede ser útil cuando es compatible con la moderación, y que debe permitir a los hombres la decencia y comodidad que exige el decoro de su clase en la sociedad, pero que no debe extremarse. De nuevo Peñalosa, que obvia cualquier cita de autores españoles del momento que abordaban las mismas cuestiones, como por ejemplo las significativas opiniones de Campomanes o Sempere, mencionará a autores clásicos y a Pedro Fernandez de Navarrete, autor del XVII, exponente típico del tema de la decadencia. En su obra *Conservación de Monarquías* resaltaba el peligro de la nobleza de dilapidar sus bienes queriendo aparentar, lo cual podía llevarles a querer recuperar su patrimonio con abusos y viciosas maneras. Más adelante Peñalosa citará al oratoriano Duguet, un janse-nista moderado, que en su *Institution d'un Prince* (1729), había hablado de la importancia del respeto a la nobleza pero también de los peligros de la riqueza aparente.

Finalmente, condenará el tercer tipo de lujo, el que considera de capricho, siempre injusto y desordenado, y se sitúa en la interpretación, bastante generalizada, de la condena del lujo emulativo y febril, que lleva a los individuos a querer salir del lugar señalado en la sociedad, produciéndose “la relajación del Estado”.

Prosigue volviendo la vista hacia el monarca absoluto y sabio, y a sus reformas, que propiciarán la agricultura, fuente de la prosperidad y de las riquezas, que fomentará las artes de la industria con todos aquellos que quedarían inútiles y corrompidos por el ocio, así como al ejército instruido que defenderá al Trono y al pobre. Esta industria, dice, “con libre circulación produce en el cuerpo político el mismo efecto que la sangre en el cuerpo humano”, opinión del Canciller Bacon al que más adelante citará expresamente. Dicha opinión, anteriormente, había sido recogida, de manera parecida, en la famosa *Disertación sobre lo honrosa que es la profesión del comercio*, de Valentín de Foronda, leída en la Junta general de la Sociedad Vascongada en 1778: “el comercio es la sangre que vivifica todos los miembros de un estado”⁴⁹.

Pero aunque diga que la política que cuida de enriquecer a los vasallos con más igualdad es la mejor, siendo dicha igualdad el que todos gocen cómodamente las cosas necesarias a la vida, y hable de los efectos beneficiosos que pueden producir el comercio y la industria, piensa que los políticos más juiciosos atribuyen estos efectos más a la necesidad que a la forma de su gobierno. Es decir, que serían causas naturales y no políticas las que habrían producido, tanto en la antigüedad como en el mundo moderno, el engrandecimiento de países gobernados con constituciones populares y que han promovido el comercio como eje de sus riquezas. En esa línea argumental opina que no son los más felices los países comerciantes y que el poder, fundado meramente sobre grandes sumas de dinero, es poco sólido y además ficticio. Añade también que el comercio puede acabar resultando peligroso porque en el intercambio entrarán no sólo ventajas sino inconvenientes, como ideas y opiniones corrosivas para la sociedad. Estas críticas, en las que aflora su postura antiilustrada, parecen aludir al empobrecimiento que la política económica de los Austrias había ocasionado en el siglo anterior y al abandono y postración de la agricultura, a la que considera como una profesión más útil y más sencilla que la de las armas. Por eso concluye con una exclamación, grandemente laudatoria, hacia quienes piensa son los fundamentos esenciales del país: “Grandes labradores y grandes soldados son las columnas de mi Nación”⁵⁰. Al mismo tiempo propugna las ventajas de un nacionalismo y autarquía económicos que recuerdan los conocidos *Apuntes sobre el bien y el mal de España* (1759) de Miguel Antonio de la Gándara, cuyas reflexiones tienen como horizonte político a la monarquía absoluta, y que ha sido considerado como el portavoz más destacado de la autarquía económica en la segunda mitad del Setecientos⁵¹.

Es en sus alusiones al orden social donde más puede apreciarse la postura conservadora de Peñalosa. Como ya dijimos, reitera la caracterología negativa de gobernantes y gobernados, y la mayor idoneidad de la monarquía para lograr el bien común. Así, aún cuando al monarca sólo le interese la seguridad de su poder, no dejará perecer a su pueblo ya que, con la decadencia de éste, se debilita dicho poder. Además, indica que en las monarquías es mayor el número de premios más conformes a los deseos de los hombres. Que dichos premios pueden ser puestos honrosos, engrandecimiento o enriquecimiento, pero que nunca aspirarán a mandar o a ostentar el poder, con lo que se hace menos temible la elevación de los ciudadanos. Y como lector de Montesquieu, afirma explícitamente, que tal gobierno admite y necesita clases, preeminencias y una nobleza de origen, siendo el honor el móvil de su Constitución⁵².

En el tema de la nobleza sigue también las polémicas de sus coetáneos, aunque tampoco cite nombres, y piensa que debe extenderse en dicho asunto para impugnar los “paralogismos” que en esos momentos se están realizando. Si se exceptúan las posturas más radicales y críticas de Cabarrús y de Arroyal, el resto de ilustrados y no tan ilustrados, y Peñalosa entre éstos, la defienden, si bien ello no excluye que hagan la crítica de algunos de sus defectos.

Nuestro autor, para abordar las actitudes sobre la desigualdad humana, comienza, en primer lugar, con consideraciones naturalistas y psicológicas o caracteroló-

gicas. Dirá que hay envidia a los que se distinguen y además una gran inconsecuencia, ya que critican comunmente a la nobleza “y no hay uno que no quiera ser Noble”. Inconsecuencia similar, afirmará, a la de Séneca que atesorando grandes riquezas hacía el elogio de los pobres. Hay, también, un tipo de grandeza natural que es independiente de la opinión y del juicio de los hombres, porque se basa en las cualidades del alma y del cuerpo, que hacen a uno más estimable que a otro.

En segundo lugar argumente ya, en concreto, sobre la nobleza, sobre la grandeza de institución que depende de la voluntad y que premia determinadas acciones que se realizan. Más que en la controversia, centrada para algunos, en si se trata de una virtud adquirida o heredada, Peñalosa vinculado con la concepción tradicional española, opina que: “siempre será cierto que la nobleza sin la virtud no merece consideración”, pero que también es verdad que “Dios manda honrar a los Grandes”. Seguidamente se centra, sobre todo, en el tema de la necesidad de su educación. Acerca de ésta se refiere no tanto a los nobles ricos y poderosos, pese a que dice desear que algún patricio fijase un método para su educación, (se podría recordar el no muy útil intento de la creación del Real Seminario de Nobles), como a la multitud de nobles sin haberes a los que una falsa opinión les hace que no se dediquen a una profesión honrosa: “Un noble escaso y pobre es un miembro inútil y pernicioso en la Sociedad”⁵³.

Ahora bien, le parece irrefutable que las casas nobles son la columna de la Constitución y pide que se sigan manteniendo sus privilegios jurídicos y sociales, ya que sino “se hace inútil la porción más lucida y la que más cuesta al Estado” aunque matice esa aseveración tan tajante al admitir cierta movilidad social diciendo que esto sea así “principalmente quando no hay exclusión para los otros Vasallos de talentos conocidos cuyos servicios reales tienen lugar de pruebas y de armas”⁵⁴. Con semejantes afirmaciones no resulta extraño que se haya visto en él, como anteriormente reseñamos, la más clara formulación de los esquemas ideológicos estamentales vigentes en el Ejército, así como la alta posición que la nobleza ocupa dentro del mismo, algo ésto último que incluso un personaje destacado y radical de la Ilustración, el militar Manuel de Aguirre, también justificaba⁵⁵.

Pero los principios de fin social y utilidad de la nobleza como “servicio” al Estado, también aparecen explícitamente reconocidos en sus palabras, lo cual no deja de ser una tímida introducción de las ideas ilustradas en este campo.

Con perspectiva diferente y respecto a la nobleza militar, hace, con un matiz ético, la exaltación del honor como estímulo de las acciones y como recompensa que, a diferencia de los premios pecuniarios, puede darse a muchos sin arruinar el erario público, siendo su único límite “la poderosa bondad del Príncipe”. Esta recompensa es considerada, dice, por el siglo filosófico, como una astucia política para mantener en la obediencia los ánimos, y Peñalosa, que es asimismo lector pragmático del absolutismo de Hobbes, escribe: “lo cierto es que la espada y la ley mantienen tranquilas las naciones, y que si es necesaria una sabia legislación, también es justa una fuerza armada que la defienda”⁵⁶.

Un defensor del poder absoluto no podía dejar de lado la importancia de la milicia como profesión honrosa y además necesaria, hasta tal punto que hará una exaltación de la virtud guerrera, en los últimos siglos, tanto de Francia como de España, frente a las otras naciones, pensando que cada pueblo conserva el gusto de una virtud favorita, bien porque los legisladores la hayan procurado imprimir en los individuos estudiando su condición peculiar, o bien porque a ella debieron sus mayores acciones. No cabe duda que en esas opiniones resuena la añoranza de unas, para él, admiradas monarquías, una barrida por el embate revolucionario, y la otra muy alejada ya de sus triunfos militares de antaño.

Por último, y respecto al orden estamental y a su mantenimiento, se muestra, como repetidamente lo hace a lo largo de la obra, con rasgos que parecen contradictorios y que eran compartidos incluso por muchos ilustrados. Tras hacer un elogio de que la monarquía deja al talento toda su libertad y que cada individuo escoja la profesión a la que le inclina su carácter, “y hemos visto por la influencia de un sistema tan humano llegar los hombres de baxa extracción por los caminos del mérito a puestos en que han honrado la patria y llenado de asombro el Universo”⁵⁷, dirá a continuación que un plebeyo no debe romper los lazos que lo tienen situado en el orden del pueblo para tentar caminos nuevos poco adecuados a su educación y al lugar que sus padres ocupan en la Sociedad. A continuación afirma que “cada uno puede ser grande en su profesión” y más cuando la eligió libremente según los avisos de su genio y de su voluntad, y que no debe caerse en la falsa ilusión de menospreciarse pese a que otras profesiones parezcan más útiles, brillantes o halagadoras. En esto hay cierta crítica de las opiniones acerca de profesiones u oficios poco honrosos o viles. Es decir, tanto defensa estamental y de sus privilegios, como admisión de algún aspecto que, en un proceso lógico, acabaría por arruinar esos órdenes y privilegios.

CONCLUSION

“Si yo pudiera hacer que todo el mundo encontrara nuevas razones de amar sus deberes, de amar a su príncipe, a su patria y a sus leyes; hacer que cada cual pudiera sentir mejor la felicidad en su país, en su Gobierno, en el puesto en que se encontrare, sería el más feliz de los mortales”⁵⁸. Tal máxima de Montesquieu, que Peñalosa cita directamente en francés y que dice venerar, manifiesta explícitamente la intención objetiva de su defensa de la monarquía, añadiendo que no le han movido a ello motivos personales o subjetivos (!), los cuales siempre suelen quedar implícitos si los hay.

Por lo tanto ha tratado de terciar, con un lenguaje accesible a todos, en medio de las disputas de su siglo, intentando exponer “nuevas y no tan nuevas razones”, para defender una forma de gobierno a la cual, en nombre de una razón que considera falsa, se le ha ido minando o socavando su fundamentación doctrinal.

Esa razón filosófica, al ser eminentemente crítica, no se ha detenido frente a ningún tipo de prejuicios, al margen de que su sanción fuese religiosa, histórica o social, destruyendo en nombre del progreso y de la felicidad los presupuestos que sustentaban un viejo orden político, el del llamado Antiguo Régimen.

La razón que esgrime Peñalosa va a ser, por el contrario, una razón limitada, cristalizada en prejuicios y nada crítica respecto al orden político cuestionado, cuyo idealizado funcionamiento piensa que es capaz de hacer también más felices a los individuos. Pero lo que podía haber resultado una acalorada y sentimental defensa, se convierte en un discurso que trata, en modo abstracto, de mostrar las “razones” que hacen preferible el absolutismo monárquico, la concentración de todo el poder en unas solas manos, frente a aquellas otras formas de gobierno en las que se comparte dicho poder.

Ahora bien, al situarse en un planteamiento teórico o doctrinal, Peñalosa, obviamente, ha de polemizar con aquellos autores cuyas teorías más han destacado o influido por sus críticas al absolutismo. Por esto las dos referencias doctrinales claras contra las que a lo largo de la obra polemiza son Locke y Rousseau, dos de los pensadores que se habían convertido en figuras recurrentes para todos los que, en aquellos momentos, se preciaran de ilustrados, revolucionarios o reformistas. Y siguiendo esa línea doctrinal, debe tenerse en cuenta que, ambos pensadores, principalmente Locke, habían recusado los fundamentos conceptuales del absolutismo de Hobbes. No es raro, entonces, (todos los absolutistas lo harían), que Peñalosa, en su defensa, recoja algunos de los argumentos que aparecen claramente expuestos, en esa biblia racionalizada del poder, en esa gramática de la obediencia que es el famoso *Leviatán* aunque, como ya expusimos, diga discrepar de tal doctrina “impía”, pero eso sí, “más ingeniosa”. Por ejemplo, entre otras, su consideración de las pasiones que desbordan a la razón y la incongruencia de dividir el poder, lo cual le hace perder efectividad pues, la soberanía, ostenta la unidad de dicho poder o acaba disolviéndose ya que, si se comparte, pasa a ser una sombra o simulacro. También la idea de la identificación en la monarquía del interés privado y del público, la limitación o prohibición de toda opinión que pueda resultar perjudicial para el orden del Estado, la anulación de todos en la presencia del soberano que luce como el sol y la no rebelión contra el poder constituido. Esto último, atendiendo no tanto a la legitimidad del gobierno en sí como a la legitimidad de la debida obediencia a la autoridad instituida. Circunstancia que para Hobbes había sido crucial en la escritura de su obra, y que, a Peñalosa le hará decir que “el defecto del Príncipe no exonera al vasallo de la obligación de obedecer”⁵⁹.

Asimismo, mantiene una concepción restrictiva de la libertad para los súbditos, en tanto que les reconoce solamente libertades civiles, es decir, poder decidir sobre determinados aspectos de su vida que son permitidos por la autoridad política que, a su vez, es la única hacedora de la ley.

Pero pese a algunas semejanzas, lo cierto es, que Peñalosa, difiere en última instancia de ciertas claves del pensamiento político moderno, al que el iusnaturalismo racionalista, Hobbes incluido, como ya dijimos, había dado algunas de sus bases doctrinales. Frente a la derivación revolucionaria del racionalismo político, que ataca y cuestiona las antiguas constituciones, el antiracionalismo político de nuestro autor le lleva a afirmar que...”cayeron los Filósofos más sabios en errores de especulación, que realizándose, son funestos...Creyeron que unas mismas leyes inmutables harían a los hombres mejores y más felices..Pero acaso ¿hicieron atención a los

sucesos imprevistos, al diverso sistema de ideas, ni a las necesidades que el tiempo e innumerables causas políticas pudieran producir en las mismas sociedades?”⁶⁰.

La defensa de la legislación y de las circunstancias diversas de cada país así como su antigüedad, se mantendrá en Peñalosa como razón contra todo intento de alterar la Constitución y de producir el desorden revolucionario. Plantear dicho desorden con la excusa de reformar las leyes y los hombres, es algo que, a su mentalidad poco altruísta le parecía totalmente inaceptable: “¿Qué derecho tiene nadie para sacrificarme ahora, alterando el orden, baxo el qual vivieron tranquilamente mis abuelos, porque sea más rico otro hombre que vendrá?”⁶¹. Este derecho o creencia del debido sacrificio del individuo a la especie, era el que los ilustrados radicales, que confiaban en el progresivo perfeccionamiento de los individuos y de la sociedad, admitían, y que había sido expresado de forma magistral por Kant, un filósofo no revolucionario en lo político, unos pocos años antes:.. “Siempre sorprende que las viejas generaciones parecen afanarse penosamente sólo en interés de las venideras, para prepararles un nivel sobre el cual levantar todavía más el edificio cuya construcción les ha asignado la Naturaleza; y que sólo las generaciones últimas gozarán la dicha de habitar en la mansión que toda una serie de antepasados, que no la disfrutará, ha preparado sin pensar en ello. Y aunque esto es muy enigmático, no hay más remedio que reconocerlo”⁶².

Peñalosa opinará que la monarquía absoluta, que no es arbitraria o despótica sino que actúa a través de leyes que recogen la experiencia del proceso histórico, es capaz de admitir una reforma no traumática de aquellas leyes que las circunstancias van requiriendo. Además la considera el sistema político que mejor puede, si no reformar a los individuos, gobernantes incluidos, puesto que siempre la pasión intenta obrar en ellos, sí canalizar su comportamiento mediante estímulos y recompensas, y con la majestad del poder, al que nadie puede hacer sombra. Frente a ella, la república, considera a los individuos tan perfectos como nunca lo serán.

En suma, en la opción entre el es y el deber ser, dirá que opta por referirse al es, a la realidad. Pero esa realidad sobre la que habla, en forma abstracta, era un espejismo no solo idealizado en sus ejemplos históricos, sino también totalmente irreal. Aún más, la monarquía bajo la que vive en esos momentos, a la que admira y a la que dedica su obra, tiene un monarca aunque absoluto, de carácter débil, asesorado con poca sabiduría por quienes sólo parecen estar disputándose el poder. Con un pueblo atrasado, sin libertad, y con una alta nobleza ambiciosa y conspirando, así mismo, por dicho poder. Por lo tanto, en última instancia, también estaba hablando en general o teorizando acerca de un ser idealizado de la monarquía o deber ser, como por otra parte, él mismo reconoce cuando, de manera exculpatoria, al final de la obra escribe:

...”También debemos hacer una observación, y es, que no hemos de juzgar la práctica de los que gobiernan por la teoría de aquellos que escriben...Los Xefes del Gobierno siempre esclavos de las circunstancias imperiosas, se ven forzados las mas veces, aún proponiéndose el sistema más perfecto, a pasar de una excepción a otras en el curso de la administración”⁶³.

Desgraciadamente su defensa teórica encubre demasiadas excepciones producidas a lo largo del transcurso histórico. Toda teorización política, parece ser, ha de contar con ellas.

NOTAS

- 1.- Vid. Francisco Aguilar Piñal, *Bibliografía de Autores Españoles del siglo XVIII*, Tomo VI, C.S.I., Madrid 1991, p. 320. Sobre el juicio acerca de Peñalosa, las opiniones de J. Herrero en *Los orígenes del pensamiento reaccionario español*, Madrid 1973, p. 129; J.A. Maravall, "Las tendencias de reforma política en el siglo XVIII español", *Revista de Occidente*, nº 52, Madrid 1967, p. 62; A. Elorza, *La ideología liberal en la Ilustración española*, Madrid 1970, p. 89-90.
- 2.- Para los datos biográficos, vid. Vicente de Cadenas y Vicent, *Caballeros de Carlos 3º (1771-1847)*, pp. 12-14 y el *Expediente de las pruebas del nombramiento de D. Clemente Peñalosa*, A.H.N., sección Estado, nº 633 (23 de julio de 1792).
- 3.- F. López, "El pensamiento tradicionalista", en *Historia de España*, Vol. 31/1, Madrid 1987, p. 849.
- 4.- En carta fechada en Logroño, mayo 31/84, el Conde de Peñaflores le comunica que Clemente Peñalosa, Canónigo de Valencia desea ser Socio Benemérito y le pide el dictamen de esa propuesta. Vid. *La Ilustración Vasca, Cartas de Xavier de Munibe, Conde de Peñaflores a Pedro Jacinto de Alava*, Colección Fondo Histórico Parlamento vasco, 1982, p. 775.
- 5.- El expediente sobre dicho proceso se encuentra en el Archivo Diocesano de Segovia, habiéndonos sido facilitado por el profesor D. Maximiliano Barrio Gozalo al que agradecemos esa información. Vid. también A.H.N., Sección Estado, (16.199).
- 6.- A.H.N., Sección Estado, legajo 16.199.
- 7.- Archivo Histórico y Biblioteca Pública de Segovia, Protocolo Nº 4.164, XIV, p. 71.
- 8.- Archivo de la Catedral de Segovia, Libro de cabildos, Año 1801-1806.
- 9.- A.H.N., Sección Estado, nº 633.
- 10.- Antonio Morales Moya, *Poder político e ideología en el siglo XVIII español: La posición de la nobleza*, facsímil, Departamento de Historia Contemporánea, Universidad Complutense, Madrid 1983, p. 604.
- 11.- J. Herrero, *o.c.*, p. 129. Su opinión es recogida por Simonetta Scandellari, "El concepto de soberanía en la literatura política española de finales del siglo XVIII: La Monarquía de Peñalosa y Zúñiga", *Trienio*, 16, Madrid 1990. Luis Sánchez Agesta en *El pensamiento político del despotismo ilustrado*, Sevilla 1979, p. 253, da la fecha de 1771, no citada por nadie más y que podría tratarse de una errata.
- 12.- A.H.N., Sección Consejos, 5.558 (116).
- 13.- C. Peñalosa, *La Monarquía*, Madrid 1793, p. 446.
- 14.- Francisco Andújar, *Los militares en la España del siglo XVIII. Un estudio social*,

- Universidad de Granada 1991, pp. 395 y 409. Sobre el mismo tema, A. Morales, *o.c.*, p. 1.261 y Santiago Aragón, *La nobleza extremeña en el siglo XVIII*, Mérida 1990, p. 475.
- 15.- C. Peñalosa, *El honor militar*, Madrid 1795, p. 178.
- 16.- V.G. Kiernan, *El duelo en la historia de Europa. Honor y privilegio de la aristocracia*, Madrid 1992, p. 195.
- 17.- C. Peñalosa, *o.c.*, p. 176.
- 18.- Vid. entre otros: J. Herrero, *o.c.*; F. López, *o.c.*; J.A. Maravall, *o.c.* y “Cabarrús y las ideas de reforma política y social en el siglo XVIII”, en *Revista de Occidente*, nº 69, Madrid 1968, pp. 273-300; A. Elorza, “El tema de la monarquía en el pensamiento político español bajo Carlos III”, en *I borboni di Napoli.*, Napoli 1985, vol.I, pp. 55-81; T. Egido, “Los antiilustrados españoles “ en *La Ilustración en España y Alemania*, Barcelona 1989; C. Morange, “Sobre las Cartas económico-políticas de Arroyal”, *Trienio* nº 13, Madrid 1989, pp. 5-53; F. Sánchez-Blanco, *Europa y el pensamiento español del siglo XVIII*, Madrid 1991, pp. 338-378.
- 19.- F. Sánchez-Blanco, *o.c.*, p. 358.
- 20.- C. Morange, *o.c.*, p. 33.
- 21.- C. Morange, *o.c.*, p. 47.
- 22.- C. Peñalosa, *La Monarquía*, p. 457.
- 23.- Vid. Simonetta Scandellari, *o.c.*
- 24.- C. Peñalosa, *o.c. Dedicatoria* y p. 74.
- 25.- Citado en C. Corona, *Revolución y reacción en el reinado de Carlos IV*, Madrid 1957, p. 197.
- 26.- C. Peñalosa, *o.c.*, p. 3.
- 27.- Jovellanos, *Discurso académico en su recepción en la Real Academia de la Historia*, Madrid y febrero, 4, 1780, y en *Epistolario*, Barcelona 1970, p. 90.
- 28.- C. Peñalosa, *o.c.*, p. 446.
- 29.- C. Peñalosa, *o.c.*, p. 1.
- 30.- *Ibíd.*, p. 4.
- 31.- *Ibíd.*, p. 3.
- 32.- *Ibíd.*, p. 4.
- 33.- *Ibíd.*, p. 41.
- 34.- Mauricio Bazzoli, *Il pensiero politico dell'assolutismo illuminato*, Firenze, 1986, p. 259.
- 35.- C. Peñalosa, *o.c.*, p. 7.
- 36.- *Ibíd.*, p. 52.
- 37.- *Ibíd.*, p. 414.
- 38.- *Ibíd.*, p. 422.
- 39.- *Ibíd.*, p. 163.
- 40.- *Ibíd.*, p. 430.
- 41.- *Ibíd.*, p. 439.
- 42.- *Ibíd.*, p. 445.
- 43.- *Ibíd.*, p. 446.

- 44.- Ibíd., p. 217.
- 45.- Ibíd., p. 287.
- 46.- Cabarrús, *Cartas, carta cuarta. Sobre la nobleza y los mayorazgos*, Madrid, 1990, p. 131.
- 47.- C. Peñalosa, *o.c.*, p. 305.
- 48.- S. Aragón, *o.c.*, pp. 357 y ss.
- 49.- C. Peñalosa, *o.c.*, p. 240 y V. de Foronda, *Los sueños de la razón*, Madrid 1990, p. 131.
- 50.- C. Peñalosa, *o.c.*, p. 257.
- 51.- A. Elorza, *o.c.*, p. 43.
- 52.- C. Peñalosa, *o.c.*, p. 304.
- 53.- C. Peñalosa, *o.c.*, p. 325.
- 54.- Ibíd., p. 327.
- 55.- F. Andújar Castillo, *o.c.*, p. 395 y ss.
- 56.- C. Peñalosa, *o.c.*, p. 369.
- 57.- Ibíd., p. 374.
- 58.- Ibíd., p. 192.
- 59.- Ibíd., p. 399.
- 60.- Ibíd., p. 444.
- 61.- Ibíd., p. 446.
- 62.- I. Kant, "Idea de una Historia Universal en sentido cosmopolita", en *Filosofía de la Historia*, Méjico 1978, p. 45.
- 63.- C. Peñalosa, *o.c.*, p. 456.